

À JUÁREZ

Dadle á mi voz, del huracán rugiente
El poder no domado y estruendoso,
Que así quiero cantar de gente en gente
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,
Un trono sobre el ancho firmamento
Guarda á los semidioses de la tierra,
Juárez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,
Bajo el dosel del azulado espacio,
Su alcázar infantil fué una cabaña
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,
Por su oscuro nacer, del pueblo hermano;
La tez de bronce, el corazón de acero
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria
Estaban á su frente destinados,
Los grandes caracteres de la historia
Estaban en el suyo condensados.

El alma de Catón, el gran civismo
De Leónidas, y de Agis la justicia,
De Temístocles todo el patriotismo,
De Licurgo el saber y la pericia.

Todo en aquel humilde pequeñuelo
Que en la tierra de Ixtlán pobre crecía,
Como en una arca lo guardaba el cielo,
¡Sólo el Dios de los libres lo sabía!

Aguila audaz que sobre abrupta peña
Y en muda soledad cuelga su nido,
Cuando más tarde la extensión domeña
El valle ante sus piés queda vencido.

Así Juárez, así; sin esas galas
Falsas con que la corte irradia bella,
Aguila de Anahuác, abrió sus alas
Miró á su patria y combatió por ella.

La lucha era terrible; usos y leyes
Ibanse á derrocar; el antro oscuro,
Nido de encomenderos y Virreyes
Iba á crugir con su imponente muro.

Aún vagaba en la atmósfera el aliento
De otras edades á la luz ajenas;
Ibase á desatar el pensamiento,
A dejar el derecho sin cadenas.

Al mirar á aquel hombre que surgía
De las revueltas masas populares
Grande cual surge el luminar del día
De las revueltas ondas de los mares,

Rugió la envidia en su furor tremenda,
Y el fanatismo, de rencor eterno,
Sintió como el Satán de la leyenda
Odio al Jehovah que lo lanzó al infierno.

Juárez sereno en su saber profundo
Fija en el porvenir su audaz mirada,
Y ve como Colón un nuevo mundo
Entre las sombras de la edad pasada.

A descubrir sus luchas no me atrevo,
Ante tanta grandeza yo me inclino,
Aquel reformador gigante y nuevo
Tuvo un Gólgota horrible por camino.

A sus guerreros bravos y animosos,
Apóstoles, heraldos, campeones,
Vió morir en cadalsos afrentosos
Entre befa y escarnio y maldiciones.

Y en medio del tumulto y la matanza,
Siendo el derecho su sagrada norma,
Su fé renueva, atiza su esperanza,
Mata el *fuero* y cimenta la *Reforma*.

Allí está Veracruz en donde raya
A tal altura ante la patria historia,
Que nuestro mar rompiéndose en la playa
Aun parece gritar: « ¡A Juárez gloria! »

Nunca de aliento ni firmeza faltó,
Coronó allí sus grandes ideales....
Aguila junto al mar, voló tan alto
Que humilló el mar al verlo sus cristales.

Allí fué tempestad, que con el trueno
Asorda y llena la extensión vacía,
Y con el rayo de fulgores lleno
Rompe los muros de prisión sombría.

Más tarde, tres naciones se congregan
Para vencerle y destrozarle unidas;
Cuando á las puertas de la patria llegan
Las encuentran por Juárez defendidas.

La que se queda sola en el combate
No vence á Juárez, que al Burlarla experto
Lleva nuevo Israel que no se abate,
El arca de la Patria hasta el desierto.

Allí en el llano inculto, en la ribera
Del Bravo que nos guarda y nos limita,
Clava en nómada tienda su bandera
Y la muerta esperanza resuscita.

No lo mancille la facción injusta
En cuyos odios la verdad se estrella,
¡El salvó el arca de la ley augusta!
¡Con ella huyó, pero triunfó con ella!

Que nada el vuelo de su fama corte:
Todo lo tuvo ese hombre extraordinario
Sinal en Veracruz y allá del Norte
En los desiertos, Gólgota y Calvario.

Pero el Tabor en que brilló su idea
Con eternos y vivos resplandores,
Lo fué toda esta Patria, en la que ondea
El lábaro inmortal de tres colores.

La muerte al arroparlo en negro manto
Lo arrebató de la familia humana,
Pero su nombre ha de vivir en tanto
Que haya un palmo de tierra mexicana.

Fué el plebeyo humillando á la nobleza;
Fué el derecho imponiéndose á la historia:
Do acaba el hombre, el inmortal empieza,
Su fama universal se llama gloria.

MARGARITA MAZA DE JUÁREZ

Tierna, sencilla, dulce y amorosa
En derramar el bien pasó la vida,
Que á todas las virtudes dió cabida
En su alma levantada y generosa.

Del redentor de un pueblo digna esposa,
Grande en la adversidad, noble y sufrida,
Fué en la victoria, por el cielo ungida,
Del hogar ángel, de su pueblo diosa.

Cifró sus más hermosos regocijos
En aliviar miserias y dolores
Y en ser otra Cornelia ante sus hijos....

Justo es ¡oh pueblo! que su ausencia llores:
En su tumba en que están tus ojos fijos
Siempre habrás de encontrar frescas las flores.

À LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR.

Ardiente juventud, tú que la herencia
 Recoges ya del siglo diez y nueve,
 Y que el maduro fruto de la ciencia
 Llevas al porvenir con planta breve;
 Tú que en la edad viril, la limpia aurora
 Verás del nuevo siglo, en que, alentado
 Por el rico saber que hoy atesora
 Tu espíritu esforzado,
 Al saludar gozosa el sol naciente,
 Honrarás las conquistas del presente
 Con las sabias lecciones del pasado:

Atiende aquí á mi voz; vibre mi acento
 Como un canto triunfal en tus oídos;
 Y en noble sentimiento,
 Como al sonar el bélico instrumento,
 Los generosos pechos encendidos,
 Al escucharse de la lira mía
 Las toscas pulsaciones,
 La acompañen en rítmica armonía
 Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera
 Al contemplaros, de su amor ufana,
 En la marcial carrera;
 Su porvenir, su nombre y su bandera
 En vuestras manos entregar mañana;
 Y escudos de la ley y del derecho,
 La mente con la ciencia engalanada,
 Las patricias virtudes en el pecho,
 Podréis decir que irradia vuestra espada
 Aquella luz, que en Africa una noche
 Vieron brillar de César los guerreros
 Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra
 Fué engendro de rencor y de venganza,
 Ni el odio y la matanza,

Sobre la faz de la extendida tierra,
 Han llevado las huestes victoriosas
 Que cual fieros torrentes desbordados,
 Destruyeron naciones poderosas
 En los heróicos tiempos, ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas,
 El rico idioma que á mezclarse llega
 Con ignotos idiomas escondidos,
 La extraña actividad que se desplega
 Al formar vencedores y vencidos,
 Nuevos pueblos, y razas, y naciones,
 Con más altas tendencias,
 Con más nobles creencias
 Y más rico caudal de aspiraciones.

Esta la guerra fué. ¡Cuán grande miro
 Sobre la deslumbrante Babilonia
 Su poderoso imperio alzando Ciro!
 Y al hundirse la asiria monarquía,
 De sus escombros de oro y alabastro
 Surgir una éra nueva, como un astro,
 Derramando la luz del nuevo día!

El espíritu helénico ¿á quién debe
 Su más alto esplendor? Se alza primero,
 Como lejana luz brillando leve;
 Lo trasforma en un sol la voz de Homero,
 Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,
 Viene á alumbrar la historia,
 Cuando Alejandro, en alas de la gloria
 Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,
 Por donde quiera que la firme planta
 Asienta el hijo de Filipo, un templo
 Para honrar el progreso se levanta.
 ¡Oh caudillo esforzado y sin ejemplo!
 Su triunfal estandarte,
 Pueblos, reyes y obstáculos desprecia,
 Porque lleva con él la fe de Grecia,
 La voz del genio y el poder del arte.
 Y al calor de la lucha y de las armas
 Y á la sombra del águila altanera
 Que hacía el Oriente sus legiones guía,

Cifra imperecedera
De inmensa gloria, nace Alejandría!

¡Augusto emporio del saber humano,
Irguióse altiva entre la mar y el Nilo,
Siguiendo el trazo que con diestra mano
Supo copiar Dinócrates tranquilo
Del manto militar del soberano!
Ved, las romanas picas aparecen
Anunciando á la tierra
Que otros gérmenes crecen;
Que en la ciudad de Rómulo se encierra
El porvenir de cien generaciones,
Que llevarán en alas de la guerra
Fuertes y victoriosas sus legiones.
Y bajo el sol ardiente de Cartago,
Y en la margen del Támesis sombrío,
Y del Danubio entre el murmullo vago
Y al pintoresco pié del Alpe frío,
Con César y Pompeyo soberanas,
Llevando al mundo entre sus garras preso
De la victoria al encendido beso
Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías
Se abren para el viajero;
Despiertan en los pueblos simpatías
De mercader audaz rico venero;
Surcan tendidos mares los bajeles,
Y nuevo Deucalión, Roma dejando
Su camino regado de laureles,
Fantásticas ciudades van brotando,
Y el polvo que levantan los corceles
Al disipar los vientos,
Dejan ver como huellas de su paso,
Soberbios monumentos
Desde do nació el sol, hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria
Roma también inclina su bandera;
Y los últimos fastos de su historia
El triunfo son de muchedumbre fiera.
Atravesando con feroz encono
Los lejanos y estériles desiertos,
Y en numerosas hordas conducidos

Por caminos inciertos;
Cual de mares que están embravecidos
Su espuma salpicando en las arenas,
Las gigantescas olas
Llegan á sepultar playas serenas,
Así vienen ardientes y terribles
Hunos, godos, alanos y lombardos,
Vándalos, francos, suevos, burguinones,
Galos y anglo-sajones,
Y de ese hervor de muchedumbre extraña
Surgen nuevas naciones,
Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia
Brotó un incendio nuevo que devora
Al mundo ya cristiano;
Brilla la media luna aterradora;
Lanza un grito de guerra el africano;
Y Europa, en otro tiempo vencedora,
Trémula mira la atrevida mano
Del hijo del profeta,
Que incontrastable vino,
A clavar su pendón sobre los muros
De la imperial ciudad de Constantino.
Su irresistible empuje
Hace rodar el trono de los godos;
Al paso del islam la tierra cruje,
Y al cielo de la ciencia tres estrellas
En tan sangrienta y trágica demanda
Asoman luego espléndidas y bellas:
Son Córdoba, Bagdad y Samarcanda.

Y en esa larga noche tenebrosa
Del espíritu humano, en la Edad Media,
Esos astros de luz esplendorosa
Guardan el sacro fuego
Que el mundo entonces desconoce ciego
Y que otra culta edad mira asombrada,
Cuando su noble admiración escita
De Córdoba la arábiga Mezquita
Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,
Más vigorosa llega la cultura;
Así sobre la tierra

La negra tempestad ruje en la altura;
 Tremenda se desata
 De su seno la hirviente catarata;
 El formidable rayo serpentea,
 El relámpago incendia el horizonte,
 El huracán los ámbitos pasea
 Infundiendo el terror del prado al monte;
 Y aquella confusión que estremecida
 Y acobardada vé Naturaleza,
 Es nueva fuente de vigor y vida
 Y manantial de amor y de belleza.

Recordadlo, vosotros, cuyo pecho,
 Desde temprana edad honra la insignia
 Del soldado del pueblo y del derecho;
 Y no olvidéis jamás si acaso un día
 Siguiendo con valor vuestra bandera,
 Llevais ó resistís la guerra impía
 De nación extranjera
 Sin consentir jamás infame yugo,
 Que la espada esgrimís del ciudadano
 No el hacha del verdugo;
 Que el pendón que enarbola vuestra mano
 Es la antorcha de luz y no la tea
 Del incendiario vil; que los desvelos
 De esta patria tan tiernos y prolijos,
 Es hallar en vosotros dignos hijos
 De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que mecióse vuestra cuna
 En el mismo recinto
 Sobre el cual resistieron los aztecas
 A las huestes del César Carlos Quinto
 Y que el indio jamás huyó cobarde,
 Ni al ver flotando espléndidos palacios
 En el revuelto mar, de audacia alarde;
 Ni al ver cruzar silbando en el espacio
 El duro proyectil; ni ante el ruido
 Atronador del arcabuz ibero,
 Ni al conocer el ágil y ligero
 Corcel que, resoplando entre la espuma
 De sus hinchadas fauces, parecía
 Hundir el virgen suelo, que regía
 Con su dorado cetro Moctezuma.

Recordad que á los golpes de la espada
 Y de las lanzas á los botes rudos,
 Nunca temió la raza denodada
 Cuyos pechos desnudos
 Puso ante los cañones por escudos.
 Recordad que este pueblo cuando siente
 Herir su dignidad, fulmina el rayo.
 Lo mismo en las montañas insurgente,
 Que en los baluartes bajo el sol de Mayo,
 Que en páginas de luz dejando escritas
 Glorias que nunca empañará la niebla.
 Hidalgo fué un titan de Granaditas,
 Y fué un gigante Zaragoza en Puebla!
 Que merece en la historia eterna vida,
 La guerra al invasor osado y fiero,
 Cual merece la guerra fratricida
 La maldición del Universo entero!
 Que una docta experiencia
 Dicen que dan el triunfo ambicionado,
 Más que las toscas armas del soldado
 Las invencibles armas de la ciencia.
 Y sabios y prudentes,
 Al recoger la enseña sacrosanta
 De esta patria que hoy ciñe vuestras frentes
 Con el lauro debido á vuestro celo,
 Veladla siempre con amor profundo,
 Y así cual brilla el sol sobre la esfera
 Mire brillar en vuestra mano el mundo
 Libre y llena de honor vuestra bandera.
 Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo,
 Nunca luchéis hermano contra hermano,
 Amad la patria, y hallaréis por templo
 El corazón del pueblo mexicano.